

## LIBROS SOBRE LA LECTURA

Recomendamos cuatro miradas ensayísticas recién aparecidas para interactuar mejor con esos amigables compañeros que son los buenos libros. Emili Teixidor afirma, en su obra, que “la única materia de la que disponemos actualmente para educar las emociones es la



literatura”. Tzvetan Todorov defiende parecidas tesis, y argumenta que la enseñanza literaria ha de sacudirse de una vez las metodologías abstrusas. El sociólogo Joaquín Rodríguez cree que las obras impresas están destinadas a convivir con las digitalizadas, y que de ello puede resultar una mayor democratización de la cultura. Y Clifton Fadiman propone por su parte un centenar largo de clásicos literarios para ir leyendo a lo largo de toda la vida

**Tzvetan Todorov**  
**La literatura en perill**  
Traducción de Isabel Margelí Bailo

GALÀXIA  
GUTENBERG /  
CERCLE DE LECTORS  
102 PÁGINAS  
17,50 EUROS

**CARLES BARBA**

Dos escenas concretas separadas por cincuenta años dan amenidad anecdótica a esta reflexión de Tzvetan Todorov sobre los extravíos de la enseñanza literaria. En la primera, el autor (como Sartre en *Las palabras*) se autorretrata de niño en una casa atestada de libros –sus padres eran bibliotecarios– y devorando con avidez versiones adaptadas de *Oliver Twist* y de los hermanos Grimm. En la otra secuencia, el autor ha devenido un profesional de las letras, está examinando los ejercicios literarios que les ponen a sus hijos en la escuela, y se da cuenta de que tienen que ver más con abstrusas hermenéuticas que con la fruición genuina de la literatura.

El presente ensayo viene a ser un toque de alerta sobre tal aberración, y un intento sereno de interpretación de sus causas, que se remontarían a los años 60 y 70 cuando, al abrigo del espíritu de mayo del 68, en Francia los estudios universitarios rompieron con la vieja filología clásica, y estipularon que una novela o un poema habrían de abordarse como objetos autosuficientes. Desde entonces hasta hoy –se arguye aquí– esta mutación en la docencia se ha exacerbado aún más, con escuelas como la deconstructiva o la solipsis-

ta, en donde las obras operan como meros laboratorios de intrincadas autoexégesis. La tesis del ensayo es que tal inversión de valores, endémica en las universidades, se ha infiltrado también en la enseñanza secundaria, y que por tanto los adolescentes, lejos de sentir interpelada su sensibilidad artística, son educados en la desgana y la indiferencia.

El remedio de choque todoroviano a tal estado de cosas se reduce a dos enunciados: no se puede acep-

**La enseñanza tiene que volver a poner las obras en diálogo con su marco histórico, estético e ideológico**

tar que las metodologías de análisis suplanten el estudio propiamente dicho de obras y creadores, puesto que “nosotros –especialistas, críticos literarios, profesores– no somos nada más que enanos encaramados en las espaldas de gigantes”. Y, por otro lado, hay que devolver a las obras su lugar en el marco de un contexto (histórico, ideológico, estético) y en diálogo con él. Tal denuncia se sumaría así a las que han hecho con anterioridad en Estados Unidos un Harold

Bloom (protestando por la primacía de los estudios de género) y un Tom Wolfe (lamentando que Derrida y discípulos hayan viciado una lectura desprejuiciada). Ahora bien, la *llamada al orden* de Todorov tiene un mayor peso simbólico, porque hasta cierto punto incluye una retractación personal. Todorov en efecto, como cuenta aquí con llaneza, en su Bulgaria natal (y para zafarse del control totalitario) centró sus primeros estudios exclusivamente en las formas lingüísticas de las obras. Luego, al transplantarse a Francia, a la sombra de Genette y Barthes, siguió abonándose a una interpretación formalista de los textos. Sólo más adelante se fue convenciendo de que la mera visión interna de una obra resultaba reduccionista, y que había que ponerla en relación con su tiempo y el nuestro, con el autor y su público, con su tradición y su posteridad.

Entrado ya en el siglo XXI, Tzvetan Todorov va todavía más allá: la literatura ayuda a vivir, amplía el ámbito de la experiencia y abre hasta el infinito la interacción con otras mentes. Y los buenos mediadores entre ella y sus consumidores serán aquéllos que la revaliden como una forma de comunicación inagotable en el espacio y el tiempo. |

## Un canon antes del canon

**Clifton Fadiman y John S. Major**  
**Un plan de lectura para toda la vida**  
Traducción de Pilar Adón, Marta Bris y Gloria Mengual

PLANETA  
426 PÁGINAS  
22,50 EUROS

**C.B.**

Antes de que Harold Bloom estableciera su canon, y el crítico David Denby hiciera el listado de los *great books*, y más recientemente Peter Boxall (y J.C. Mainer) enunciaran “los 1001 libros que hay que leer antes de morir”, en 1960 un avisado comunicólogo, Clifton Fadiman, elaboró un plan de lectura para uso del americano medio, a través de un centenar de obras fundamentales de la tradición occidental. En su última edición (de 1997), este manual, en consonancia con la globalización, se ha visto enriquecido con una treintena de títulos más procedentes de ámbitos como el chino, indio, árabe o japonés, seleccionados por un coautor de última hora, el profesor John S. Major. Esta es la versión que ahora Planeta ha puesto en la calle, añadiendo así una herramienta más de orientación en los predios de la literatura universal. Clifton Fadiman en el prólogo calcula que la asimilación de su catálogo puede

llevar cincuenta años, y garantiza en todo caso que cualquiera de las piezas, desde los cantos homéricos o el *Rubayyat* a los dramas de Ibsen o los poemas de Frost, “suponen una fuente de conocimiento interior continuo”. En su opinión, los 133 libros escogidos “actúan como un líquido para revelar películas, es decir que te hacen ser consciente de lo que no sabías que sabes”.

Fadiman, en su exposición, opera con una metodología muy elemental: dispone las obras por orden cronológico, desde el *Gilgamesh* a *Cien años de soledad*, y procede dando de cada una un resumen de su contenido y una valoración de sus méritos e influencia, sin olvidarse de establecer referencias cruzadas, abundando así en la idea steineriana de la literatura como conversación entre grandes espíritus a través de los tiempos. Como era de temer, las preferencias del antólogo se escoran abusivamente al ámbito anglosajón. Desconcier-

ta también que de Stendhal pase por alto *La cartuja de Parma*, y que de Henry James recomiende su novela más indescifrable (*Los embajadores*) en lugar de apostar por la maravillosa (y muy legible) *Retrato de una dama*.

Fadiman en fin ha incurrido en olvidos que no todo el mundo le perdonará: nada de Rostand, Quevedo, Diderot, Pushkin o Leopardi. No están ni *Los novios*, ni *La Regenta*, ni *El hombre sin atributos*, ni *Viaje al fin de la noche*, ni líricos como Pessoa o Cavafis. En apéndice, John S. Major ha intentado enmendar algunas omisiones (con autores del siglo XX), pero otra vez la selección resulta aplastantemente anglosajona, y sólo Lorca y Ortega (de los hispanos) merecen al parecer un sitio entre los inmortales de la palabra. En cualquier caso, el *plan* tiene muchos elementos aprovechables, y un sinfín de acicates para aventurarse por *corpus* como los de Coleridge, Trollope, Yeats, Mann, Mishima y muchos más. |